

Espiritualización del ser humano

Chema Álvarez msc



Desclée De Brouwer

CHEMA ÁLVAREZ, msc

ESPIRITUALIZACIÓN
DEL SER HUMANO

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2016

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
------------------------	----

PRIMERA PARTE

ESPIRITUALIZARSE

PRÓLOGO	17
I. LOS DIFERENTES NIVELES	21
II. LA RELIGIÓN	25
III. LAS REVELACIONES	31
IV. LA ESPIRITUALIDAD	37
V. HACIA EL CUARTO NIVEL	43
VI. COMUNICACIÓN-COMUNIÓN CON EL CREADOR	47
VII. COMUNICACIÓN-COMUNIÓN CON LO CREADO	53
VIII. SIN RITOS NI DOGMAS	57
IX. DE CHAMANES, SACERDOTES Y GURÚS	65
X. EL FIN DEL PECADO Y LA CONDENA	71
XI. “ESCRIBIRÉ MI LEY EN VUESTROS CORAZONES”	77
XII. LA DIGNIDAD QUE HAY QUE DESCUBRIR Y VIVIR	83
XIII. VIENDO A DIOS CON OTROS OJOS	87
XIV. EVOLUCIONAR ESPIRITUALMENTE	91

SEGUNDA PARTE

VIVIR EN EL ESPÍRITU

I. GRANDEZA OCULTA	99
II. LA ESPIRITUALIDAD, PASO OBLIGADO	103
III. LOS PUNTOS DE PARTIDA	109
IV. UNA NUEVA IDEA DE DIOS	113
V. HERRAMIENTAS PARA DESCUBRIR	117
VI. LA MANIFESTACIÓN DE LO DIVINO	121
VII. DESCUBRIENDO A DIOS EN LA VIDA	125
VIII. LA ESPIRITUALIDAD COMO CAMINO.	131
IX. LA ESENCIA DE LA ESPIRITUALIDAD	135
X. UN CAMINO SENCILLO	139
XI. VIVIR LA EMPATÍA	145
XII. UN “FINAL” QUE ES PRINCIPIO	149
XIII. HACIA LA IDENTIFICACIÓN PLENA.	155
XIV. EL PROCESO MÍSTICO.	159
XV. MÍSTICA PARA TORPES.	165
XVI. VIVIR HOY LA ESPIRITUALIDAD.	171
EPÍLOGO. AMOR DIVINO MANIFESTADO.	177

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se ofrece a personas deseosas de dar un paso más allá de la mera religión, que pueden ser cristianos insatisfechos con lo que conocen y viven, o simples buscadores del trasfondo de la fe; también a los creyentes de “algo”, por eso que dicen de que “*en algo hay que creer*”; y, por qué no, a cualquiera que pueda estar interesado en descubrirse más a sí mismo en este terreno. Pero, en cualquier caso, a todos los que andan a la búsqueda de una interpretación de lo divino que les llene y motive.

Lo divido en dos partes, “*Espiritualizarse*” y “*Vivir en el Espíritu*”, que vendrían a ser como la teoría y la práctica del tema, y que por lo tanto pueden leerse de corrido o reflexionar cada una por separado. Pero eso queda al propósito de cada cual.

Como la fuente principal de mi inspiración son Jesucristo y su Evangelio, las citas en que me apoyo suelen ser solo bíblicas, ya que no pretendo un trabajo que recoja textualmente el de otros sino mi propia reflexión al respecto. Reflexión que nace espontánea y sin duda inspirada por ese Espíritu que a todos anima en cuanto se le deja obrar.

Y ésa es mi pretensión al ofrecer este trabajo: animar a descubrir y vivir, aquí y ahora, la Presencia que es nuestro Origen y nuestro Destino. La misma que me ha movido a mí a escribir estas páginas.

Chema Alvarez, msc

PRIMERA PARTE

ESPIRITUALIZARSE

*«El objetivo de la vida es nacer plenamente,
pero la tragedia consiste en que la mayor parte de
nosotros muere sin haber nacido verdaderamente.
Vivir es nacer a cada instante».*

Eric Fromm

* * *

*«Mas vosotros no vivís según la carne, sino según
el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en
vosotros... Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a
Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel
que resucitó a Cristo de entre los muertos dará
también la vida a vuestros cuerpos mortales por su
Espíritu que habita en vosotros».*

San Pablo, carta a los Romanos, 8,9.11

* * *

PRÓLOGO

La pregunta que se hace el hombre que pretende espiritualizarse es si se puede ir más allá de los impulsos primarios (alimentación, reproducción, supervivencia). Solo si la respuesta es afirmativa se abren perspectivas de eternidad elegida y guiada por esas capacidades que precisamente facultan al hombre para trascender la materia, lo visible-palpable y cotidiano. En el caso contrario, algo que muchos parecen buscar y alentarse con actos de barbarie, no se vislumbra otro camino que el regreso a esa rueda del “eterno retorno” en el que la materia se rehace continuamente a la búsqueda de su propia evolución. Ahí el hombre deja de ser propiamente tal para quedarse por debajo de la humanidad adquirida, de los logros alcanzados, y convertirse así en una baza inútil para la Vida, una especie de parásito de la Humanidad y del Universo que ni merece ni puede progresar.

Por ello es muy importante comprender que el Bien, que de alguna manera nos guía y tira de nosotros hacia la espiritualización, no es una norma que se nos impone desde fuera, sino una luz que brota de dentro y nos ilumina para discernir el camino. Es el último paso, por ahora, de la Evolución que conocemos, la misma que viene haciendo progresar todo lo que existe llevándolo

de la Nada al Todo, de lo más simple a lo más complejo, de la dispersión primigenia a la unificación del final de los tiempos.

La moral que nace de ahí tiende necesariamente a la liberación, no a la coartación, de forma que solo pueden entenderse los mandamientos de las religiones como un primer y tímido apuntalamiento del Bien. Es por eso que el anuncio profético de tiempos mejores, *“Escribiré mi Ley en vuestros corazones”* (Jer 31,33), no es una mera proclamación de buenas intenciones divinas sino el anuncio de todo un paso evolutivo que el ser humano ha de dar forzosamente para seguir siendo tal. De esta manera, lo mismo que ha de reconsiderar su comunicación con lo que le rodea y con lo trascendente, contemplación y oración, el *“hombre espiritual”* está obligado a elaborar su propio código moral a la luz de la ética particular que ha de albergar esta nueva situación.

¿Son de temer esos cambios y novedades, y en especial esa invención ético-moral? Bajo el punto de vista de lo que llamaríamos *“antiguo régimen”*, el de la visión primitiva que de Dios suelen ofrecer las religiones, sí, en la medida que supone una emancipación de normas y actitudes que favorecen la pervivencia de situaciones sociales, políticas y religiosas, que a muchos benefician. Pues la organización mundial entera se resentiría, sin duda, de un cambio individual que afectara tan profundamente al colectivo, y surgirían demasiados intereses creados como para permitir, alegremente, semejantes cambios.

Sin embargo, en función del bien del individuo y de la propia Humanidad a la que cada uno representa a su manera, no solo no hay que temer ese cambio sino que debe favorecerse. La razón primera es ese impulso inte-

rior que nos lleva al mismo, pero la razón segunda no es menos importante: estamos obligados a ello si no queremos desaparecer como especie, lo mismo que en la historia de este mundo que conocemos han desaparecido miles de criaturas que no encajaban en el esfuerzo evolucionador de la Creación. Estaban ahí, tuvieron su tiempo de esplendor y seguramente aportaron mucho al conjunto, pero se ve que no fueron capaces de progresar al compás que a todo se le ha marcado.

Indudablemente, ese ansia de libertad que experimentamos al tiempo que la anhelamos, es motor cierto que nos lleva a esta progresión espiritual. Y no deja de ser una paradoja que uno de los medios para conseguirla sea la postergación de normas y convenciones que ayudaron a alcanzarla en un primer estadio de nuestra historia. Pero es que ésa es la paradoja de un Universo que fabrica galaxias a partir de estrellas que se extinguen.

I

LOS DIFERENTES NIVELES

A modo de explicación del devenir espiritual del ser humano, podríamos hablar de tres niveles básicos más uno de consolidación.

El primer nivel es el de la “religión”, aquel en el que el hombre fabrica “lazos” con los que amarrar su existir a unos poderes y conocimientos que le superan y que de alguna manera busca controlar mediante ritos y cultos, catalogar a través de dogmas y definiciones, y vivenciar transformándolo todo en actitudes sociales. En esta etapa se pasa de magnificar la creación y adorarla a inventar divinidades que son proyección tanto de necesidades como de excesos.

El segundo nivel llega cuando el ser humano recibe y acepta de algún modo “revelaciones” que elevan el listón de lo religioso y le presentan una visión de lo divino, de lo espiritual y de lo humano, que no es fruto de su inventiva o de su interés. Aquí entran tanto los personajes inspirados que lideran sectores mayores o menores de la humanidad como la propia capacidad del individuo que se deja de alguna manera captar por lo divino y busca dentro y fuera de sí mismo respuestas no predeterminadas ni condicionadas.

El tercer nivel es el de la “espiritualidad” y supone dar el salto de la comprensión o “*iluminación*”, mediante

la cual se descubre tanto la presencia universal de lo divino y su unicidad como nuestra implicación en ella. Es sencillo, en cuanto que no supone más que un “*dejarse captar*” por la realidad de una omnipresencia que te habla tanto desde fuera como desde dentro de ti; y es complejo, en la medida que esa realidad solo se abre paso en proporción al desprendimiento que pueda hacerse de todo lo que dificulta su captación y asimilación.

En el primer nivel, a Dios se le supone en la distancia y tiende a ser incomprensible además de indefinible; de ahí que se le “bautice” con títulos que proyectan las ambiciones de quien lo imagina (el “Todopoderoso”, el “Omnisciente”, el “Eterno”...). Y la relación con Él sigue las pautas del comercio, de la transacción interesada, el viejo “*yo te adoro y te hago ofrendas para que Tú me protejas y concedas*”, porque lo que prima es el conseguir un beneficio mutuo, el que ambas partes reciban su gratificación por el acuerdo realizado.

En el segundo se dibujan ya rasgos más auténticos de lo divino, en cuanto que se trata de una verdadera manifestación suya y lo que prima es su cercanía, de manera que la relación con Dios entra en el terreno de la amistad, la filiación o la sabiduría, que alimenta al hombre como criatura.

En el tercero, que viene a ser la respuesta coherente al nivel anterior además de su conclusión lógica, se experimenta ya la comunión del Creador y la criatura, trascendiéndolo todo, y se vuelve habitual ese diálogo entre ambos que permite desvelar los porqués de la existencia y de todo lo que inquieta al hombre en cuanto criatura pensante.

Un cuarto nivel, ya no básico como estos sino más bien de consolidación, que diríamos, apunta a una

superación de todo lo anterior como forma de evolución completada que hoy solo podemos intuir. Somos criaturas invitadas a espiritualizarse, pero nuestros sentidos, alimentados al tiempo que limitados por nuestro cerebro, no nos permiten más que imaginar este proceso, y es el corazón (entendido como síntesis y manifestación del alma) quien nos invita a intuir lo que nos resulta del todo imposible concebir.

Otras capacidades de percepción, propias de nuevas dimensiones de la existencia, es lógico que han de alumbrar otros niveles que ahora no podemos ni imaginar y serán otros los que llegarán a ellas. Lo absurdo es querer ceñir lo que llamamos Dios a nuestra limitada inteligencia y a nuestra breve historia humana, y por eso todo lo que hoy sabemos o entendemos, por muy bueno, santo o magnífico que pueda parecernos, hemos de tratarlo como mero apunte de una Realidad que nos desborda. Y así, las religiones, como cualquier otro invento humano, deben ser apeadas de toda pretensión absolutista en aras de una Verdad que las supera y de la que ellas han sido un digno punto de partida pero en modo alguno de llegada. Pues lo mismo que hoy podemos reírnos, por no decir burlarnos, de aquellos tratamientos sanitarios que aplicaban nuestros antepasados, igualmente nosotros podemos enjuiciar la herencia religiosa recibida y dejar que quienes nos continúen encuentren y se relacionen con Dios a su manera.